

de *Mons Citatorum*, ó del moderno palacio de la Curia Inocenciana (Tribunal de Justicia y Direccion de Policía), ha recibido el de *Monte Citorio*, con que se la conoce. En el centro de esta colina-plaza se levanta un obelisco egipcio, grandioso monolito de tiempo de Psamético, alto de sesenta y siete piés (cerca de veinte y dos metros), que habia guardado la entrada del templo de Eliópolis, y que Augusto hizo servir de aguja para un ingenioso reloj en medio del Campo Marcio. Al lado septentrional del obelisco habia una explanada de mármol blanco, larga más de ochenta y dos metros, y ancha dos metros y medio: una barra de metal dorado, incrustada en esta gran losa, la dividia en dos bandas, en una de las cuales se leia, *duracion del dia*, y en la otra, *longitud de la noche*: una combinacion perfectamente estudiada de barras transversales y perpendiculares, que proyectaban su sombra sobre la superficie marmórea, permitia, no ya calcular la mayor ó menor duracion del dia y de la noche, como un simple meridiano, sino completar, á juicio de sabios como el P. Kircher y el P. Masi, las observaciones todas que se obtienen en el *Cuadrante solar* más perfecto de los tiempos modernos. Hecho pedazos, caido y enterrado por espacio de centenares de años este insigne monumento de la Roma antigua, fué descubierto felizmente á fines del último siglo. El pontífice Pío VI lo restauró, erigiéndolo en el lugar que hoy ocupa, y haciendo colocar en su extremidad superior el globo y el rayo de bronce, de que da Plinio noticia, y que recuerdan el destino que tuvo diez y nueve siglos hace.

XI.

Á imitacion de aquel célebre sepulcro erigido en Alicarnaso al rey Mausolo por su mujer Artemisa, que mereció contarse, con el nombre de *Mausoleo*, entre las siete maravillas del orbe, Augusto quiso edificar para sus cenizas y las de sus deu-

dos un sepulcro, que excediese en grandeza y majestad á cuanto en Roma se hubiese hasta entónces conocido: verdad es que hasta entónces Roma no habia tenido dueño imperial. El Mausoleo era una especie de gran torre, redonda, de más de cien metros de diámetro, compuesta de tres órdenes ó cuerpos concéntricos, pero que se elevaban en disminucion; el espacio excedente, junto á la base de los dos superiores, estaba lleno de tierra y plantado de cipreses, centinelas sombríos de la muerte, que cubrian casi por entero la superficie marmórea de aquellas vastas rotondas: la estatua de bronce del Emperador coronaba la imponente mole. Cuarenta y cinco cámaras circulares, quince en cada piso, estaban destinadas á contener las urnas cinerarias de la familia Augusta; la cámara mortuoria del Emperador era la más elevada y formaba una especie de templete. Antes de que las cenizas de Augusto la ocupáran, habian ya tomado posesion de aquel fúnebre palacio Marcelo, el sobrino malogrado; Agrippa, el yerno y favorito; Octavia, la hermana muy querida; Druso, el vencedor de los germanos, cantado por Horacio, y Cayo y Lucio, sobrinos de Augusto. Seis urnas precedieron á la del Emperador. Las cenizas de éste, lavadas y perfumadas despues de los espléndidos funerales, fueron llevadas al Mausoleo, en copa de alabastro oriental, por la septuagenaria Livia, seguida de inmensa comitiva, y depositadas sobre el altar cilíndrico del templete superior, cubierto por la bóveda del monumento. No pasarán muchos años sin que las cenizas de Livia vayan, junto á las de Augusto, al aposento que les estaba destinado en aquel asilo imperial de la muerte: poco más tarde las de Germánico, luego las de Druso, el hijo de Tiberio: despues las de Agrippina, la mayor; y sucesivamente las de Tiberio, Antonia, Claudio, Británico y Nerva. Los despojos mortales de Neron no merecian seguramente tan espléndida morada, y no la tuvieron. Nerva cierra la serie de los habitantes del Mausoleo; no llegó, pues, á contener ni aún á la descendencia completa del primer Emperador. Á principios del siglo v las hordas de Alarico entraron en el Mausoleo en busca de tesoros; entónces perecieron las estatuas que llenaban la gran sala del centro, al rededor de la cual giraban las

galerías y la mayor parte de las urnas preciosas: en los siglos medios el Mausoleo fué fortaleza de los Coloneses; en el año 1354 sirvió á la plebe y á los judíos para quemar con gran algazara el cadáver de Nicolas Rienzi, el titulado tribuno de la república romana. ¡Horrible coincidencia! Donde quince siglos ántes se alzaba un templo para las cenizas del que habia destruido la república, se reduce tumultariamente á cenizas el cuerpo del que soñó en resucitarla! Despues de los Coloneses tuvieron el Mausoleo los Savelli; con las guerras y los años los mármoles fueron desapareciendo; los dos grandes obeliscos, símbolos silenciosos de la estabilidad, cayeron en pedazos; cubriólos la tierra hasta que Sixto V levantó uno sobre el Esquilino, ante una de las fachadas de Santa María la Mayor, y Pío VI erigió el otro sobre la plaza del Quirinal. En el siglo pasado se daban ya espectáculos en el recinto vacío del Mausoleo, convertido en anfiteatro, donde caben más de mil espectadores; las corridas de bueyes y de búfalos alcanzaron poca fortuna: despues se destinó á música y fuegos artificiales en las noches del estío (*fuochetti*), y á circo de caballos por el dia: «¿Qué tal he representado el papel de la vida», dicen que preguntaba Augusto en los últimos momentos de la suya; y que añadía con escéptica sonrisa, como los actores de su tiempo: *Plaudite, plaudite*. Diez y nueve siglos ha tardado Augusto en ser literalmente obedecido por sus súbditos: el pueblo romano va ahora todas las tardes al Mausoleo de Augusto y aplaude á una compañía de tercer orden, que hace comedias más inofensivas que aquellas otras, á que servia de teatro el palacio de los Césares, y en que era Augusto autor y protagonista.

Detras del Mausoleo habia un bosque sagrado; delante estaba el *Bustum*, lugar donde se quemaban los cuerpos de los emperadores: era un gran recinto circular con árboles corpulentos, más altos que la reja de hierro sobre muralla de mármol que lo rodeaba. Los restos preciosos de urnas y de pedestales, con la inscripcion en algunos, *Hic crematus est*, que se conservan en el museo Vaticano, y que fueron hallados á fines del último siglo en las cercanías de San Ambrosio y San Carlos al Corso, indican que el *Busto*, ó quemadero de los Césares,

estuvo en el espacio que hoy ocupa esta iglesia, una de las más bellas y ricas de Roma, la antigua iglesia nacional de los milaneses.

Que en la vasta extension del campo Marcio hubo monumentos sepulcrales, consagrados á personas egregias de las épocas de César y del imperio, tales como Julia, hija de César y mujer de Pompeyo, y dos Scipiones, padre y tío del Africano, lo acreditan escritores como Tito Livio, Juvenal, Marcial y muchos otros; del de Sylla especialmente da noticia Lucano, cuando dice, preguntando con indignacion:

*Hinc, salus rerum, felix his Sylla vocavi,
His meruit tumulum medio sibi tollere campo?*

Lo que es ya de todo punto imposible es la determinacion de los lugares, en que pudieron estar aquellos sepulcros; tan sólo del de Sylla han conjeturado los anticuarios, si podria ser una especie de pirámide de piedra, que en tiempo de Paulo III se descubrió en el extremo de la via del Corso, al edificar la iglesia de Nuestra Señora de los Milagros.

La conjetura de los anticuarios, á propósito del monumento de Sylla, nos ha conducido sin violencia á la plaza del Pópulo.

Á la antigua puerta Flaminia ha reemplazado, aunque no con rigorosa exactitud topográfica, la puerta del Pueblo, que ofrece á la vista del viajero que entra en Roma, cual magnífico vestíbulo de un inmenso palacio á aquella plaza, rodeada de bellos edificios, y de donde parten las calles principales, que conducen al interior de la ciudad. La inmediata colina de los jardines envia de continuo á la plaza del Pueblo el aroma de sus flores, la frescura y la sombra de su espléndida vegetacion y el caudal de sus aguas cristalinas, que, ya se desata en las dos hermosas fuentes de los hemicírculos, ya descende en limpios raudales por las bocas de los cuatro leones, que en el centro adornan el ancho pedestal sobre que descansa el obelisco famoso de Sesostris, cubierto de jeroglíficos; este notable monolito, alto más de setenta y ocho piés, que un dia fué ornamento del templo de Eliópolis, y luégo del circo Máximo, es hoy inmó-

vil vigilante de la Ciudad Eterna, que se levanta sobre las cúpulas de Santa María del Pópolo y de Santa María *in Monte Santo* y de Santa María de los Milagros. La primera de estas iglesias fué erigida en el lugar donde estuvieron los sepulcros de la familia Domicia, donde fué enterrado Neron, donde el fantasma de este monstruo turbaba la paz de los espíritus sencillos y creyentes de la Edad Media. Chateaubriand, en una nota del libro *Los Mártires*, refiere en estos términos la tradición popular de Roma: « Habia antiguamente en la puerta del Pópolo un árbol grande, sobre el cual venía un cuervo á posarse cada dia. Cavando la tierra al pié de este árbol, hubo de encontrarse una urna con inscripcion, que decia que dentro de ella se encerraban las cenizas de Neron. Las cenizas fueron arrojadas al viento, y sobre el propio lugar, donde la urna estuvo enterrada, fué construida la iglesia de Santa María del Pópolo. » En efecto, contigua á la puerta de este nombre, apoyada en la falda de la colina pintoresca, que tantos recuerdos guarda de la antigüedad, y que ha logrado perpetuar su fortuna de lugar ameno hasta los tiempos presentes, aparece Santa María del Pópolo, una de las pocas, si ya no la única iglesia de Roma, perteneciente al siglo XI: el Pontífice Pascual II la erigió; el pueblo romano en el siglo XIII la engrandeció; rehízola Sixto IV; Alejandro VII y varios cardenales y familias poderosas han contribuido despues á su embellecimiento. Milizia dice que desde el centro de esta iglesia se pueden abarcar de una mirada los cuatro estados sucesivos de la arquitectura romana despues del Renacimiento, á saber: su aurora y su mañana en el conjunto de la fábrica, que es una cruz latina con cúpula, por el estilo de la de San Agustin; su mediodía, ó plena luz, en la capilla Chigi, dirigida por Rafael de Urbino; su anocheecer, ú ocaso, en la capilla Cibo, de que fué arquitecto uno de los Fontana. En esta última apreciacion es, como de costumbre, apasionado é injusto el crítico Milizia. La capilla Chigi, consagrada á la Virgen de Loreto, sin ser un gabinete de mármoles y estatuas como la Corsini de San Juan de Letran, ni tan grandiosa como la Borghese de Santa María la Mayor, es en su misma sencillez más elegante y pro-

duce más grata impresion. Rafael hizo el dibujo del gran cuadro del altar, que representa la Natividad de la Virgen; hizo los cartones para los mosaicos lindísimos que adornan la cúpula, y que figuran el Padre Eterno, que da movimiento á los planetas; hizo, por último, el diseño de las estatuas de Elías y Jonás, y aún hay quien le atribuye la escultura de esta última; creyendo yo sólo de Lorenzetto el Elías.

Las capillas Venuti, Cibo y Mellini son por demas ricas de mármoles y de pinturas: los altares, las cúpulas, el pavimento, los adornos, todo es notable en esta iglesia, verdadero museo de las artes. Entre los sarcófagos suntuosos, algunos que se ven á lo largo de sus naves ó en el recinto de sus capillas, citarémos tan sólo el del cardenal español de Castro y el del obispo Arteaga Gomiél, prelado de Búrgos, que murió en Roma el año 1514.

Santa María *in Monte Santo* y *Santa María de los Milagros* son dos preciosas iglesias redondas del siglo XVII, de idéntica arquitectura, con cúpulas iguales y pórticos de columnas aisladas, que, erigidas en el fondo de la plaza del Pópolo, frente á la puerta, dan principio á las dos calles principales que ya hemos mencionado, completando la hermosa perspectiva de esta plaza, que con sus palacios, sus estatuas, sus fuentes, su magnífica subida al Pincio, ornada de trofeos de mármol, y sobre todo con su obelisco, guardado por leones, forma, como ya hemos dicho, el más noble ingreso á la ciudad eterna.

De las tres calles que, siguiendo la direccion de Norte á Sur, parten de esta plaza, la central, la que se abre entre las dos iglesias gemelas, que llevan en su fachada el nombre del Cardenal Gastaldi, es la del *Corso*, la antigua via *Flaminia*, una de las más célebres entre las consulares, que, teniendo por continuacion la via *Lata*, llegaba hasta el pié del Capitolio, dando paso más de una vez por sus anchas losas de lava á la alborozada comitiva de los triunfadores. Marcial cantaba en profecía la entrada solemne de Trajano, en la cual

Totaque Flaminia Roma videnda via.

La calle tiene hoy, puede decirse, la misma longitud que en

los tiempos de Marcial, y es la gran arteria de la vida romana. Aquella costumbre de preferir la estrechez de los pórticos y de los foros á las anchuras del campo y á las delicias de un ambiente despejado y puro, no se ha perdido en Roma: hoy, como en los dias de los emperadores, la calle es el paseo predilecto de los romanos: la del Corso, que es buena y bastante ancha para calle, pero angosta para paseo, tiene que sufrir, á la caida de la tarde, en invierno y en verano, la inmensa y doble fila de coches, que en reiteradas vueltas la obstruyen, y la multitud de á pié, que con dificultad puede abrirse camino en las aceras: en tanto, por la bellísima explanada de la puerta Pia, ó por las alturas pintorescas del Janículo, apénas si discurre algun carruaje de prelado ó algun extranjero curioso.

El *Corso* debe su nombre á las carreras de caballos sueltos (*barbari*), que en los dias de Carnaval se celebran, y que constituyen la más clásica y anhelada diversion del pueblo romano.

La calle ofrece buen número de edificios notables, templos y palacios, que procuraremos recorrer rápidamente: la iglesia de Jesus y María, de monjes Agustinos, adornada con mármoles, estucos, dorados, estatuas y monumentos sepulcrales, obra todo de los siglos xvii y xviii, casi enfrente de la de Santiago de los incurables, de forma elíptica, cargada tambien de adornos de mala época artística, renovada por el Cardenal Salviati; á corta distancia San Carlos, hermoso templo de tres naves, rico de mármoles, de estucos y de pinturas al fresco, con alta cúpula, y en el altar mayor un cuadro de San Ambrosio y San Carlos, que pasa por ser la obra maestra de Maratta; la capilla de la Virgen á pocas cede en lujo; la abundancia y hermosura de los monumentos sepulcrales aumentan la suntuosidad de esta iglesia nacional de los lombardos, en la que tambien existe memoria de la munificencia española: por una lápida consta que D. Carlos II, rey de España, duque de Milan, y su madre Doña Mariana, reina gobernadora, teniendo en cuenta los propósitos y consejos del magnánimo rey don Felipe IV en favor del templo de San Carlos, *animo largo et excelso annuam pensionem ad ipsius promovendam fabricam*

assignarunt; la inscripcion honoraria fué puesta el año 1670.

Pasada la plaza de San Carlos, á la derecha se encuentra pronto la iglesia de San Lorenzo *in Lucina*, que al nombre del santo mártir español une el de la matrona ilustre, consagrada al servicio de los cristianos en los dias tristes de las más fieras persecuciones: es un templo antiquísimo, título de cardenal presbítero desde tiempo de San Gregorio Magno, hoy el primero de dichos títulos. Restauró la fábrica el Papa Benedicto II en el siglo vii, y luégo Celestino III en el xii: más tarde el cardenal español Ignacio Ávalos la reedificó, y Paulo V la concedió á los clérigos regulares menores. Su única nave ofrece capillas muy bien adornadas de mármoles y pinturas, un precioso altar mayor con cuatro raras columnas de negro antiguo y un cuadro de primer orden, el admirable Crucifijo de Guido Reni. Guarda esta iglesia reliquias de gran valor, especialmente la cama de hierro ó parrilla en que fué martirizado San Lorenzo, y algunos monumentos sepulcrales de hombres célebres, entre ellos el del pintor frances Poussin, erigido por el vizconde Chateaubriand.

Más allá de la plaza Colonna merece ser visitada la iglesia de San Marcelo, construida, segun se cree, en el siglo iv, sobre las ruinas de un templo de Isis, en la casa misma de Santa Lucina, cuyo nombre se asocia á los grandes sucesos de las catacumbas. La historia refiere que Majencio profanó el oratorio del Papa Marcelo, convirtiéndolo en establo y dejando al venerable sacerdote á cuidado y servicio de los caballos: es lo cierto que en el siglo v existe ya reedificada la iglesia en honor de San Marcelo. Desde el siglo xiii pertenece á la orden de los servitas: ellos la reedificaron con arquitectura de Sansovino, y muchas obras de ornato posteriores la han convertido en una de las más lindas iglesias de Roma: consta de una nave con cinco capillas á cada lado, y el altar mayor en el fondo: como casi todas las capillas pertenecen á familias ilustres, las bellas artes y los monumentos sepulcrales las convierten en pequeños panteones, algunos de singular belleza. En una de estas capillas, de la derecha, está el sepulcro de familia, donde yacen los restos del cardenal Consalvi con los de su herma-

no, á quien amó extremadamente y á quien consagra en sus *Memorias* una página de singular ternura.

En el opuesto lado de San Marcelo está Santa María *in via Lata*, iglesia cuyo origen llega más allá de San Silvestre, pues existía ya en su tiempo unida al monasterio de San Ciriaco. La tradición constante asegura que el subterráneo de este templo fué la prisión de San Pablo, y allí se venera la columna en que están escritas aquellas palabras de la carta á Timoteo: *Sed verbum Dei non est alligatum*; desde allí dirigió el Apóstol de las gentes algunas de sus epístolas; allí San Lucas compuso, ó acabó por lo ménos, *Los Actos de los Apóstoles*. Los Pontífices, por honrar tan santas memorias, han atendido siempre al esplendor de esta iglesia, que es colegial, parroquial y un verdadero museo de mármoles y pinturas. En el término, á la izquierda, junto al palacio Colonna, aparece la Basílica de los Santos Apóstoles, erigida primitivamente en honor de San Felipe y Santiago, cuyos cuerpos reposan bajo el altar mayor, y notable entre los templos de Roma, así por su antigüedad, que, sin llegar, como algunos han pretendido, á la época constantiniana, alcanza, sin embargo, á la de Pelagio I (siglo VI), como por haber sido en algun tiempo residencia pontificia, y por haber resonado en sus ámbitos la voz de San Gregorio Magno, que allí pronunció una de sus homilias. Restaurada la Basílica en el siglo VIII y en el IX, recibió su mayor engrandecimiento bajo el pontificado de Martino V; pero antes, á los principios del siglo XIII, siendo Papa Inocencio III, había partido de la Basílica de los Apóstoles una procesion solemne, cuyo recuerdo no puede ménos de interesar á todo corazon español: el clero de Roma se reunió el dia 17 de Mayo de 1212 en aquella Basílica; los hombres en la de San Agustín y las mujeres en la de Santa María la Mayor, y todos, en multitud inmensa, descalzos, siguiendo al Pontífice, que llevaba en sus manos el *Lignum Crucis*, llegaron á San Juan de Letran, desde cuyo peristilo, Inocencio III, rodeado de cardenales y de obispos, dirigió su palabra apostólica al pueblo, que llenaba la plaza y las avenidas: su sermón fué una tierna rogativa al cielo en favor de las armas de Castilla, que se

aprestaban á una batalla decisiva contra las huestes agarenas: no había pasado un año, y D. Alfonso VIII tornaba victorioso de las Navas.

La última gran restauracion, que pudiera decirse reedificacion, de la Basílica de *Sancti Apostoli*, es de principios del siglo pasado, y se debió á los Papas Clemente XI y Benedicto XIII, y áun la fachada es más moderna, que la costeó en 1827 el Duque de Bracciano. Consta la iglesia de tres naves, sostenidas por pilastras de orden corintio, y adorna su bóveda un gran cuadro al fresco, de Baciccio, de 87 palmos de largo por 40 de ancho, que representa el triunfo de la Orden franciscana: otras várias pinturas, así en muro como en lienzo, decoran las capillas de este templo, en cuya tribuna está el monumento sepulcral del Cardenal Riario, diseñado por Miguel Ángel: en la tercera capilla se ve el sepulcro del condestable Felipe Colonna y su mujer Catalina de Saboya Carignan; y á la derecha el de María Lucrecia Rospigliosi Salviati, obras ambas de escultura muy estimable. En el fondo de la misma nave está el sarcófago de Clemente XIV, la primera obra en grande de Canova; que no desmerece de la otra consagrada en el Vaticano á la memoria de Clemente XIII (*Rezzonico*): el único monumento sepulcral dedicado en Roma al insigne Buonarroti, que llena con sus maravillosas producciones el siglo XVI, está en el corredor del convento contiguo á esta iglesia, en la cual se celebraron sus funerales en Febrero de 1564, y también los de Canova en Enero de 1823. En el palacio de *Sancti Apostoli* vivió y murió el Papa Martino V (1431), el que puso feliz término al cisma de Avignon, el que restauró la ciudad de Roma, desolada por las guerras.

Ademas de los monumentos religiosos ya referidos, ostenta el Corso, en su longitud de más de dos mil pasos, palacios suntuosos á la vez, depósitos riquísimos de obras de arte señaladamente de pinturas. Tales son el palacio Ruspolti, con sus espaciosas galerías y sus cámaras pintadas al fresco y su escalera de mármol blanco de ciento quince gradas; el palacio Fiano, sobre las ruinas de la antigua vivienda de Domiciano, delante del cual se elevaba, hasta los tiempos de Alejandro VII,